



Fotografía: Ángela Arbeláez



La piedra y la puerta

# Ignacio Piedrahíta

La piedra y la puerta  
*Llamo a la puerta de una piedra.*

—Soy yo, déjame entrar.

Quiero penetrar en tu interior,  
echar un vistazo,

respirarte.

—Vete —dice la piedra—.

*Estoy herméticamente cerrada.*

*Conversación con una piedra, Wislawa Szymborska*

ANA  
CRISTINA  
RESTREPO  
JIMÉNEZ

No sé cuánto tiempo he conversado con el escritor. Ya con la boca seca y las tazas de té vacías, permanecemos un rato sentados en el suelo. Él acaricia su mandíbula y la mueve para los lados, cual boxeador recién abatido en el ring: “Como que me duele —dice entre risas—, no estoy acostumbrado a hablar tanto”.

En un apartamento con muchas piedras (de recuerdo, de colección, de regalo, de mentiritas), me recibe Ignacio, *Ignis*, fuego, *natus*, nacer; nacido del fuego, como las rocas de un volcán. Y con más piedras en el apellido...

La obra de Ignacio Piedrahíta Arroyave, cronista y escritor antioqueño, ha hecho parte de diversas antologías de ficción. También publicó la colección de cuentos *La caligrafía del basilisco* (1999), la novela *Un mar* (2006) y el relato de viaje *Al oído de la cordillera* (2011).

Ignacio está en su estudio, descalzo.

Su entorno no es el de un escritor caótico. Me molesta descubrir su biblioteca austera y pulcra. ¿Cómo haces para ser tan organizado?, intento *romper el hielo*.

—Solo se trata de poner un libro al lado del otro —me responde con el mismo tono de voz bajo que conservaría el resto de la mañana.

Entonces, el primer silencio prolongado.

Vamos al estudio donde escribe. Sobre el piso, un colchón con un bello tendido de colores; una silla y un escritorio. En la pared hay un inmenso mapa geológico. A lo lejos, desde su ventana, se aprecian las copas frondosas y florecidas de los peros de agua de la Avenida Nutibara.

Pasamos a su biblioteca, y ahora es él quien trata de establecer una nueva charla. Me muestra una primera edición de *Primero estaba el mar*, de Tomás González, y cuenta que en los años ochenta su madre compró esa obra de quien entonces era un perfecto desconocido. Leyó sus poemas y cuentos, y lo entrevistó para la *Revista Universidad de Antioquia*: se dio cuenta de que González no solo le gustaba como escritor sino también como persona. Y por eso hoy lo llama “maestro”.

Después de un buen rato con mi entrevistado, por fin encuentro la puerta de la piedra...

**¿Es posible hacer una correlación entre la manera en que se moldean las rocas y el acto creativo del escritor?, ¿cómo se forma una piedra preciosa como *Al oído de la cordillera*?**

**I.P.:** Creo que hay muchas correlaciones que he tratado de hacer a la hora de escribir. Siempre me ha parecido que la fineza que hay en las hojas en una flor, en esas cosas tan logradas, solo serían posibles con cinco mil kilómetros de roca debajo de ellas. Quizá nosotros en la vida cotidiana no nos damos cuenta sobre qué estamos parados, porque no lo necesitamos a menos que trabajáramos en una empresa de minería o de petróleos. La vida normal del ser humano está acá arriba. Sin embargo, lo que la sustenta es toda esa carga de minerales, hirviente, que está todo el tiempo produciendo calor. Hirviente y enigmática, está debajo de nuestros pies, hasta llegar al centro de la Tierra. De esa misma manera, el proceso creativo de cualquier obra tiene que apoyarse en esas profundidades, en ese caos, ese azar, esas zonas misteriosas a las cuales no tenemos acceso por nuestros sentidos sino a través de intuiciones y sensaciones muy difíciles de explicar, y que finalmente se vienen a traducir en la obra terminada. Cuando tú dices que es una joya, yo trato de trabajar de esa misma manera: que haya mucha artesanía en lo que escribo, sabiendo que tengo que partir de una masa informe, oscura, para poder llegar a algo que brille, que sea simple y bello, que

tenga un sentido; al mismo tiempo, siguiendo los pasos que ha seguido la naturaleza durante años.

**¿Desde cuándo escribes?**

**I.P.:** Cuando estaba pequeño no escribía. Ahí siempre recorro a Gonzalo Arango para decir: yo fui virgen literariamente hasta los diecisiete años. Cuando él dice eso está hablando de alguna manera de la literatura antioqueña: no es muy común entre nosotros encontrar algo que se da en otras ciudades o en otros países: pequeños lectores y escritores que se van formando desde muy niños y cuando llegan a la edad adulta son personas con mucho recorrido. Entre nosotros, generalmente, no hay escritores tan hábiles pero sí hay mucho talento, que todavía se ve ahí como hirviendo porque llegó un poco tarde. A mí me pasó eso: mi adolescencia fue en la calle o, ya en los años ochenta, oyendo música. Al salir del bachillerato pensé qué me permitiría expresarme, y me inicié con la música. De vez en cuando escribía papelititos: soñaba algo y lo escribía, o pensaba en alguien y le escribía. Y poco a poco empecé a leer de una manera más consciente, no para el colegio sino porque yo escogía mis propios libros. Empecé a hacer una correlación entre que quizá yo podría escribir un poco más o quizá acercarme a lo que estaba leyendo. Ya la parte de escribir propiamente empezó con un taller de escritura que salió en el periódico de la Universidad Nacional. Estuve varios años con Luis Fernando Macías, una persona que siempre estaba insinuando caminos; él sabía que la técnica de la escritura es más valiosa si uno la adquiere con el tiempo que si se la muestran desde afuera, como en un curso de guión.

**En tu estudio hay una guitarra acústica. ¿Cuál es el papel de la música en tu vida?**

**I.P.:** La música fue para mí una ilusión porque yo quería tocar la guitarra en un grupo de rock. Tenía un primo que era metalero, con una batería muy grande (ocupaba una pieza entera de una casa de Laureles). Le dije que me diera clases, pero su novia era muy celosa y le daba rabia que me dedicara las tardes a mí. Seguí con la guitarra eléctrica, pero yo era muy desafinado. Mi reacción fue meterme a guitarra acústica. Pero iba por donde no era: quería hacer una conexión más con mi corazón que con mi intelecto. Dejé

la guitarra y pasé a escribir y a leer. Después de muchos años me casé, y mi esposa canta. Su familia es constructora de guitarras y se me ocurrió que era la oportunidad de retomar la guitarra sin estrés, por acompañarla a ella.

### **Cuéntame de tus primeras lecturas.**

**I.P.:** Mi mamá tiene una biblioteca no muy grande pero muy variada. Me gustaba leer a Fernando González; eran libros escritos por una persona que hablaba como uno, por eso él pega tan duro en los adolescentes: porque es una rebelión que a esa edad se lleva por dentro. Creo que él es uno de los grandes iniciadores de quienes leemos y escribimos en Medellín. Luego quise leer más. Había unos libros de literatura universal y los empecé a coger por tomos. El francés primero: Stendhal, Balzac, Guy de Maupassant. Conecté de inmediato, me gustó su escritura muy clara, de la psicología de los personajes. De ahí pasé a los rusos y ese fue otro acierto. La literatura del siglo XIX es muy buena, encarretadora.

### **¿Había ingenuidad en esa aproximación o ya buscabas aprender?**

**I.P.:** No me acuerdo. Tendría que volver a imaginarme en esa situación. A mí me gustaba la construcción de un mundo muy parecido al mío. Siempre mantuve una distancia con la narrativa de ciencia ficción. Me acuerdo que con Bioy Casares, *La invención de Morel*, yo decía: para qué inventar otro mundo, yo quiero conocer a las personas que tengo a mi alrededor. Me interesaba estar en la cabeza de mi papá, mi mamá, mis tíos; saber por qué obraban así, por qué tomaban ciertas decisiones. Me parece que me podía acercar más a eso a través de la literatura francesa y rusa. Tanto la escritura como la lectura mías son muy vivenciales. Más que aprender a escribir, quería aprender a conocer el mundo.

### **Eras un lector juicioso en el último año del bachillerato del Jorge Robledo: ¿por qué te decides por la geología y no por la literatura?**

**I.P.:** Tenía muy claro que mi relación con la literatura estaba en el mundo, no en los libros. Es una cosa muy curiosa: yo pensaba que la literatura estaba por fuera de los libros y que su proyección era el libro; pero si yo quería aprender a escribir

tenía que vivir cosas, porque nunca me imaginaba siendo profesor de literatura. Es un prejuicio que yo tenía (y de alguna manera todavía lo tengo). Escogí una carrera que me permitiera salir, tener conocimientos del mundo exterior... y a través de ese mundo ir a los libros. También me gustaba lo científico, leer del universo, la Tierra, el espacio. Cuando miré el pensum me pareció que combinaba ciencia, romanticismo y viajes. ¡Me parecía literario en sí!

### **En la práctica como geólogo, ¿cómo empiezas a recolectar información, cómo surge el proceso de escritura?**

**I.P.:** Cuando estudiaba geología simplemente me dejé ir y me entregué al conocimiento geológico. En la mitad de la carrera me dieron ganas de escribir cuentos, pero de manera separada de lo geológico. Yo sentía que mi energía vital provenía de todas esas cosas que estaba conociendo afuera, y que se producía algo en mí, por dentro: personajes, situaciones que no tenían nada que ver con lo geológico. Ese era mi alimento vital, mi función en la vida. Pero siempre han sido actividades independientes.

### **Tu salida al mundo es necesaria para alcanzar la introspección. Pero ese “afuera” nunca te relaciona con los medios, te gusta el silencio.**

**I.P.:** Tengo alma de geólogo: me gusta vivir un poco al estilo de las rocas. Bienvenido el que quiera venir a sentarse, a apreciar. Aquí hay una historia, pero tiene que poner algo de su parte y estar en una búsqueda. Pienso mucho en la respiración, en los procesos vitales más sencillos. Cuando se inhala, el aire y los pulmones son uno solo; de la misma manera ocurre cuando uno está creando una obra: uno y obra es uno mismo. Sin embargo, cuando uno exhala, la obra sale y uno queda. Hay un permanente entrar y salir: el escritor entra y sale. En mi caso, tengo que mantener viva esa experiencia de lo de afuera y lo de adentro. Mi perfil bajo es mantenerme fiel a eso que pienso.

### **A veces el autor entra en su obra. Pienso en algunos directores de cine, como Quentin Tarantino o Alfred Hitchcock, que entran en el cuadro de la escena de su propia película. En *Al oído de la cordillera* se siente tu presencia: ¿Te gusta hacer ese tránsito?**

**I.P.:** Tengo que escribir sobre lo que vivo, me cuesta mucho escribir sobre algo en lo cual no estoy involucrado de alguna manera. Aunque no quiere decir que sea autobiográfico. A veces me acerco mucho, pero quizá me cuesta estar tan cerca, entonces utilizo la técnica literaria y cambio la primera persona por una tercera. Son recursos para permitirme escribir: cuando me acerco mucho a contar cosas que me pasaron me despisto, no sé bien qué contar. En el caso particular de *Al oído de la cordillera*, que es un relato de viaje que hice, está escrito en primera persona pero hay un alejamiento. Estoy y no estoy al mismo tiempo.

### ¿Cuál es tu “piedra en el zapato” al escribir?

**I.P.:** Para mí lo más difícil es encontrar la esencia de una obra. Si voy a escribir algo tengo que intuir que ahí hay algo fuerte, de peso, una versión de la existencia. Si no hay nada que decir, las palabras son simplemente anécdotas que carecen de profundidad. Uno mismo lo ve en la literatura que se publica, muchos libros que solo están en la superficie. No hay vibraciones interiores que queden en uno como lector. Lastimosamente uno no encuentra eso antes de empezar a escribir, sino después. Entonces, primero la intuición, después mirar qué personajes hay, si contar en primera, segunda, tercera persona; y qué tipo de ficción.

### En tu caso, ¿prima el personaje o la anécdota que desarrolla la historia?

**I.P.:** En el cuento, para mí tiene que haber algo que se le revela a uno como escritor y como lector, emparentado con el poema. En la novela, creo que las revelaciones están más expuestas, y la historia y los personajes cargan con todo ese peso. En el cuento quizá es más importante la manifestación de una revelación: intuirlo es la gran dificultad. En la novela hay que intuir la historia. Hay que prepararse más antes de escribir un cuento. En la novela se trabaja más *durante*: más horas de escritura. Está más relacionada con la disciplina.

### ¿Piensas en el lector?

**I.P.:** Creo que es muy importante pensar en el lector. Pero no es concederle todo lo que quiera. Todos tenemos a veces unos impulsos primarios, un antojo fácil, pero lo que realmente nos nutre requiere un lector que haya iniciado un

camino, una búsqueda que tenga puntos de encuentro conmigo como escritor. Más que pensar en el lector, pienso en las comunicaciones que se van tejiendo con él. Me gusta mucho cuando alguien me hace un comentario de un libro, siento que ahí se cierra un círculo.

### Tu novela *Un mar es algo abstracta*, basta considerar su paisaje. ¿Los niveles muy altos de abstracción no representan un riesgo para el escritor?

**I.P.:** A veces me pregunto quiénes son los que me leerían a mí. Yo creo que son todo tipo de personas, de todas las edades, pero poquitos. Lo peor que le puede pasar a uno en la vida es ir viviendo sin tener conciencia de lo que está viviendo, del camino que uno lleva, de lo que viene, pero no en términos de cumplir con algo, sino en términos de saber qué relación tenemos con las mismas cosas que no nos dejan ser libres: mi psicología, mi parte social... todo tiene un desarrollo, hay quienes se olvidan de eso, y lo enmascaran bajo éxitos profesionales o sociales que ya están establecidos. Hay personas que sí son muy conscientes de todos esos hilos que va llevando uno en su vida: con ellos me puedo comunicar. Creo que estarían dispuestos a abstraerse en ciertos momentos si yo los llevo de la mano con gentileza y con afecto. Tengo un primito, es un niño. Yo no juego con él, pero puedo pasar horas conversando con él las cosas más abstractas del mundo. No son bobadas, sino cosas serias. Si un niño es capaz de aceptar explicaciones completamente abstractas, un adulto también es capaz, siempre y cuando quiera y esté dispuesto a soltarse y decir: vamos a viajar, estoy en tus manos.

### Poesía...

**I.P.:** Yo no escribo poesía pero creo que mi prosa tiene elementos poéticos. No en el sentido de que sea una prosa almibarada ni con bonituras ni florituras, sino porque la palabra es reveladora: la sílaba, el sonido, la frase, el párrafo, el momento. Yo cuido mucho eso. Y leo mucha poesía; de hecho, en *Al oído de la cordillera*, el título lo saqué de dos poemas: al oído porque en un poema de Hölderlin dice que cuando las montañas hablan los valles atentos escuchan; y la cordillera era porque se refería a mi viaje. Un buen escritor de prosa debe nutrirse de poemas.

**Eres escritor de oído; ¿te lees en voz alta?**

**I.P.:** Sí [se ríe]. Yo tomé lo de escritor de oído por otro lado: quienes no estuvimos en la academia literaria hacemos muchas cosas por intuición, por búsqueda personal, a eso lo llamo ser escritor de oído. Muchas cosas de las que hago no están apoyadas en nada por fuera de la propia búsqueda. Yo sí leo siempre en voz alta: un párrafo, una frase terminada; es muy importante para las comas, las pausas, y para que el lector interiormente se vea invitado a lo pausado. Ahora hay tanto que distrae: las cosas electrónicas, el tiempo, los trabajos. No hace uno bien en concederle a eso. Creo que una de mis funciones como escritor es decirle a la gente: pare, espere, vaya a lo esencial y recuerde que usted viene de ahí.

**El mundo de afuera, que necesitas para escribir, exige pagar cuentas, tiene tráfico, ruido. ¿Te angustia?**

**I.P.:** Sí. Para mí es natural menos cosas, menos rápido, menos estímulos. Y la ciudad es todo lo contrario. Lo que más me angustia es verme atrapado en todo eso. A veces me abruma saber que tengo tantas cosas que no necesito: saber que tengo 150 canales y veo uno, una hora a la semana. Soy de los que cojo el celular, y si por la noche no ha entrado ninguna llamada, digo: ¡qué maravilla de aparato, buen invento!

**¿Cuál sería el libro de tu biblioteca que extrañarías de inmediato si, por ejemplo, yo me lo robara en un descuido tuyo?**

**I.P.:** Te diría que sigas hablando mientras busco. Yo no veo un libro pero sí paso la vista por grupos de libros. Tengo una pequeña sección de autores de Medellín: Elí Ramírez, José Manuel Arango, Eduardo Escobar, Tomás González, Jaime Jaramillo Escobar, León de Greiff. Saber que ellos están ahí me da un sentido. Aunque la ruptura es necesaria en la escritura y el arte de Occidente, tomándolos como actos creativos, yo creo que esa ruptura se da sobre la tradición.

**¿Ejercitas tu memoria: repites palabras, evocas momentos, afectos?**

**I.P.:** Sí, inclusive en la novela que estoy escribiendo ha sido casi todo trabajo de la memoria. Mi abuela y las cosas que ella me contaba,

pensamientos de cuando estaba pequeño. Para el escritor la memoria es fundamental: el recuerdo es el seleccionador natural del ser humano, le da su historia. Usualmente cuando vivo algo tengo que esperar años para referirme a ello en una obra que yo escriba, porque cuando está muy recientemente vivido todos los recuerdos están en el mismo nivel y uno no sabe qué es importante y qué no. Ese mapa le da a uno la voz única, la voz propia.

\*\*\*

Cierro nuestra conversación con la pregunta final que suelo formular a todos los escritores que entrevisto (Ignacio es quien la ha respondido más rápido, sin titubear).

**Si te regalo las canecas de basura de todos los escritores de la historia, ¿con cuál te quedarías?**

**I.P.:** La de Flaubert. Él tiene dos obras: la que leemos en sus libros, y otra que era su vida, su constante pregunta por su arte, que está plasmada en muchas de las cartas que le escribió a Colette. Entonces, si en ese bote de basura encontramos sus cartas, desechos de su obras y, si estamos de buenas, las que le envió Colette: ¡tendríamos para leer toda la vida!

\*\*\*

Si no crees en mis palabras —dice la piedra—, acude a la hoja, que te dirá lo mismo que yo, o a la gota de agua, que te dirá lo mismo que la hoja. Pregunta también a un cabello de tu cabeza. Estoy a punto de reír a carcajadas, de reír como mi naturaleza me impide reír. Llamo a la puerta de una piedra. —Soy yo, déjame entrar. —No tengo puerta —dice la piedra.

Culmina el poema de Szymborska, no así mi encuentro con Ignacio Piedrahíta...

Cruzo el umbral de la puerta. A mis espaldas, siento que la piedra se vuelve a sellar. Tal vez cantará una canción de David Bowie, afinará su guitarra o copiará un par de poemas rusos en su libreta, hasta que sienta que su cuerpo ha recuperado el equilibrio y vuelva a su naturaleza: el silencio. ■

---

*Ana Cristina Restrepo Jiménez* (Colombia)  
Periodista independiente y profesora de la Universidad Eafit.